

tratado secreto firmado en Viena á virtud del cual el emperador de Austria ofreció su mediación para obtener que recobrase España la posesión de Gibraltar.

Debe hacerse justicia á la perseverancia con que la altiva España desde 1715 venía trabajando de todas maneras por rehacerse de una fortaleza que, incrustada en su territorio, había sádole arrebatada merced á una sorpresa que bien podía calificarse como un golpe de mano. La legitimidad de sus títulos á la gran Roca, su orgullo nacional justamente herido, exigían que no aceptase las condiciones humillantes con que Jorge I ofrecía devolver la plaza. Ceder á Inglaterra otra posesión *equivalente*, equivaldría á consentir en que los ingleses tenían derechos á Gibraltar; derechos que España no reconoció y que en realidad no asistían á la Corona británica. Por eso quedaron sin resultado las negociaciones de 1721; por eso también, menos que por la oposición del Parlamento y del pueblo inglés, fracasaron las de 1757, no obstante el empeño de Mr. Pitt en ajustar el tratado para la devolución de la fortaleza á su antiguo poseedor, recordando Inglaterra á Minorca.

Agotados, por último, los medios de conciliación, España creyó deber intentar de nuevo el recobro de Gibraltar preparándose á tomarla por la fuerza de las armas, aprovechando la circunstancia de hallarse los ingleses distraídos con disturbios suscitados en las colonias de América. La guerra fué declarada nuevamente, y en 14 de Julio de 1779 se abrió la campaña que la historia conoce con el nombre del "Gran sitio de Gibraltar" y duró hasta el 12 de Marzo de 1783 en que los jefes de los defensores de la plaza y los sitiadores se reunieron amigablemente á virtud de los preliminares firmados de una paz general. Este fué el último sitio que sostuvo la fortaleza; quedando irrevocablemente en poder de los ingleses, á despecho de los esfuerzos de los soldados en el campo y de los diplomáticos en el gabinete.

No debemos dejar de referir, siquiera brevemente, los acontecimientos principales de este sitio, uno de los más célebres que registra la historia del mundo.

El general Jorge Augusto Elliot, hombre de grandes talentos militares, de indomable energía y de singular perseverancia, era el gobernador de la fortaleza cuando se declaró la guerra, y á él cupo en suerte dirigir aquella heroica defensa, secundado por el teniente general Boyd y el mayor general de la Motte.

El ejército español se componía de 28,332 hombres al mando de D. Martín Alvarez Sotomayor, el francés de 33,038 á las órdenes del Barón Falkenstein, y ambos mandados por el Duque de Crillon.

La guarnición de la plaza constaba de 5,382 hombres entre artilleros, ingenieros y zapadores. En 1780 fué reforzada con 1,052 irlandeses; en Marzo de 1782 se agregaron 700 y en Octubre del mismo año 1,600. La fuerza naval de Inglaterra se componía de cinco buques, reuniendo entre todos 124 cañones.

La fortaleza fué la primera en romper el fuego el 12 de Setiembre de 1779. La mujer de un oficial de zapadores descargó el primer cañón al dar la señal el general Elliot.

En Enero de 1780, la guarnición recibió el auxilio de una escuadra mandada por el almirante C. Rodney. En Junio del mismo año fué atacada por cinco navíos de guerra españoles, los cuales fueron destruidos, y entonces se organizó una flota de lanchas cañoneras con las cuales diariamente al anochecer bombardeaban la ciudad, causando espantosos estragos, hasta convertir en ruinas los edificios y verse obligados los habitantes á buscar refugio entre las peñas, por el lado Sur, para poner en salvo sus vidas.

En Abril de 1781 otra flota inglesa al mando del almirante Darby, llegó en auxilio de los sitiados en momentos en que la fortaleza estaba en gran aprieto por la falta de víveres. Habíanse agotado los medios de subsistencia; el pan se distribuía en escasas porciones con intervención de la policía; las raíces de las plantas, las cañas y hasta los cardos silvestres servían de alimentación á los hambrientos habitantes. La perspectiva del hambre y el temor de un general bombardeo alejaban de sus casas y de la ciudad á los des-

graciados habitantes. La guarnición, del jefe abajo, estaba limitada á una ración de cuatro onzas de arroz por persona cada 24 horas.

La presencia del almirante Darby enfureció á los sitiadores, quienes abrieron un terrible bombardeo con 150 cañones y 80 morteros, sosteniéndolo vigoroso por espacio de seis semanas. La ciudad quedó reducida á escombros, mientras que los defensores guarecidos en sus parapetos y fortificaciones no sufrían proporcionalmente; sólo 70 soldados murieron durante el bombardeo. Ya se deja entender que la ciudad quedó desierta. La guarnición asorada por el hambre, se entregó al pillaje y entre las ruinas de las tiendas y los almacenes encontró los depósitos de víveres, que habían reservado los comerciantes para explotar la necesidad de los sitiados haciendo ventas á precios fabulosos.

En tal situación, aprovechando la circunstancia que había proporcionado alivio en sus necesidades á la guarnición, el gobernador dispuso hacer una salida sobre los sitiadores, que descansaban tranquilos después de la ruda fatiga del bombardeo, fiando en la bondad de sus parapetos, y esperando el resultado forzoso de la escasez de elementos á que se hallaba reducida la plaza.

El 27 de Noviembre de 1781, á la media noche, cayeron los ingleses en número de 2,000, sobre el campo de los sitiadores. La sorpresa de que estos fueron víctima, el ardor de los asaltantes, y el desconcierto que fué consiguiente, permitieron á los sitiados, realizar su propósito de destruir los parapetos y fortificaciones, que á fuerza de dinero y con el sacrificio de millares de vidas, habían logrado establecer los sitiadores bajo los fuegos de la fortaleza. Calculábase en tres millones de pesos el costo de estas magníficas obras, que llegaron á inutilizar la resistencia de los defensores de la plaza. Todo quedó destruido en pocas horas; la artillería clavada y el campamento incendiado completamente. Los ingleses regresaron á sus posiciones, sin que la caballería española hubiera tenido tiempo de maniobrar en su seguimiento, lo cual habría costado la vida á los atrevidos asaltantes.

No desmayaron los aliados en presencia de semejante contratiempo. Con una actividad digna de todo elogio, trabajaron inmediatamente en reparar los daños sufridos y se prepararon de nuevo para un ataque general por tierra y por mar, sirviéndose al efecto de baterías flotantes dispuestas á la resistencia por medio de sistemas especiales hasta entonces desconocidos. Esta flota se componía de 138 cañones, y 5,190 hombres. Las baterías de tierra ascendían á 246 cañones y morteros, protegidos por 40,000 soldados.

El 9 de Abril de 1782, principió el bombardeo por mar y tierra, abriéndose el ataque por una descarga general de 170 cañones. Continuó el fuego sostenido por tres días consecutivos, disparando los sitiadores cuatro mil tiros cada 24 horas. El 12 entraron en la bahía las flotas combinadas de Francia y España, elevándose á la cifra de 47 embarcaciones de línea y un considerable número de fragatas y lanchas bomberas y cañoneras; la inmensa flota colocada en dos líneas, rompió el fuego y lo sostuvo durante ocho horas en combinación con las baterías de tierra. Cerca de quinientos cañones jugaron en este formidable ataque. Los sitiados pusieron en actividad solamente 96 cañones; pero arrojando sobre las baterías flotantes unos proyectiles inflamados que los ingleses llaman "*red-hot-shot*," causaron horriblos desastres en el ejército sitiador. Casi todas las baterías fueron incendiadas, y los que las servían, murieron en su mayor parte presa de las llamas ó ahogados. Un capitán inglés, Curtis, salvó de la muerte á más de trescientos. La mortandad fué espantosa.

Gran consternación causó este desastre en el campo español; pero no por eso se desalentaron los valientes sitiadores, y el bombardeo continuó por muchos días, si bien menos nutrido de lo que había comenzado.

Entretanto, el 10 de Octubre, una gran flota inglesa de 34 embarcaciones de línea, 6 fragatas y 31 trasportes, llegó al Estrecho en auxilio de la fortaleza. Un viento contrario no permitió que llegase hasta la Roca, sino una fragata "*La Pantera*" con algunos trasportes. Lo restante de la flota,

arrastrada por la corriente, se reunió en Marbella. Ochenta buques de guerra de las flotas francesa y española, dejaron la bahía para ir en persecución de los buques ingleses; pero el comandante Lord Howe por una hábil maniobra evitó la batalla, deslizándose rumbo á Tetuán, en donde pudo anclar, y de allí tuvo facilidad para desprender dos buques de línea y algunos trasportes que llegaron á Gibraltar con gran cantidad de provisiones y 1,600 hombres de refuerzo.

Esta maniobra fué decisiva para la defensa de la plaza; porque entretanto las negociaciones de paz entabladas por Francia adelantaron, y tres meses después, en Enero de 1783, se firmaban los preliminares, cediéndose Minorca á España, que la había ocupado durante el sitio, en cambio de Gibraltar.

Las pérdidas tenidas por los ingleses en el asedio pasaron de 1,200 soldados, las de los sitiadores excedieron de 6,000. España gastó más de doce millones de pesos.

Tal fué el resultado de ese memorable sitio, último heroico esfuerzo de la noble España para recobrar una de las primeras fortalezas del mundo, que tan injustamente le fué quitada y con ella el señorío de los mares que había sabido conservar por tan largo tiempo. Terrible golpe no sólo para España, sino para la raza latina, que ve hace más de un siglo en manos de los ingleses la llave del Mediterráneo y la entrada á un gran litoral de las naciones latinas de Europa.

Esta es la última y bien triste impresión que recibe el viajero hispano-americano al salir de la risueña á la vez que formidable Gibraltar.

A partir del último siglo hasta la fecha presente, la historia de Gibraltar no ofrece más interés que el relacionado con la construcción de nuevas fortificaciones y el ensanche de las antiguas, así como la creciente prosperidad de la población, que ha aumentado considerablemente en habitantes y en edificios y ha mejorado muchísimo en su parte material. La descripción, pues, que en el capítulo anterior hemos hecho de la ciudad y de la fortaleza, completa nuestro cuadro histórico, que abraza un período de quince siglos.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Vuelta á bordo.—La velada.—La Santa Cruz.—Un pez luminoso.—Las costas de Cerdeña.—El Vesubio.—¡Nápoles!—El *Te Deum*.—Entrada en la bahía.—El Sr. Obispo Montesdeoca.—El Cónsul mexicano.—El desembarque.—La aduana.—Los agentes de los hoteles.—Los cocheros.—Situación de Nápoles.—Clima.—Carácter de los habitantes.—Las calles.—Los paseos.

TERMINADA nuestra visita, ó más bien, sin terminar, porque como hemos dicho anteriormente, apenas pudimos ver de carrera los principales sitios y edificios, nos dirigimos al muelle para tomar un bote que nos condujera á bordo del Bolivia. Eran pasadas las cinco de la tarde. La marea estaba subiendo y las aguas de la bahía se hallaban algo agitadas. Cerca de una hora empleamos en llegar al punto donde nuestro vapor estaba anclado. Bogábamos contra la corriente y los bateleros tenían que hacer grandes esfuerzos para dominarla. Pequeña era la lancha y el oleaje frecuente subía por el borde, no dejando de mojar nuestras ropas. Con dificultad llegamos cerca del Bolivia. La agitación de las aguas no permitía atracar contra la embarcación, y era necesario aprovechar el momento en que las mismas olas impelían al bote para tomar la escalera. No pequeña inquietud se apoderó de nosotros. Necesitábase la agilidad de un marino para poder ejecutar sin riesgo tan violento trasborde. Palidecimos á la vista de aquel peligro, que era necesario sin embargo arrostrar. Auxiliados de un batelero y fiando en la ayuda que vinieron á ofrecernos los